



## EL ALMA, ANHELO HACIA LA LUZ

### ¡MADRE INDIA!

#### 6

**E**l avión aterrizó en el Aeropuerto Palam, arrojando a los pasajeros a la fría noche de Enero. Había entrado a otro mundo para el cual nada me hubiera podido preparar. A pesar de los murmullos y gritos bulliciosos de la multitud dentro y alrededor del aeropuerto, sentí que era recibido y abrazado por la Madre India, como la llaman sus hijos. Me detuve y con mi mano toqué el asfalto, en señal de reverencia hacia esta antigua tierra.

Después del trámite en la aduana, me recibieron Gyani Ji, el expresivo secretario del ashram, cuya barba era plateada, la Princesa Khukhu, hija del Maharaja de Jhind y Eileen Wigg, una mujer inglesa que hacía años vivía en India.

Khukhu condujo su jeep a gran velocidad por las destartaladas calles de Delhi, inexplicablemente familiares, pitando a todo lo que encontraba en el camino. Un manto de oscuridad y bruma acre cubría la ciudad. Al lado de la carretera, unas figuras con chales y sábanas se agrupaban para calentarse alrededor de fogatas encendidas con estiércol seco de vaca. La gente en bicicleta aparecía como fantasmas en medio de los inquietos haces de luz del jeep. Hombres y bueyes que llevaban cargas increíblemente altas y apiladas en carretas de madera, salían esporádicamente de la penumbra, teniendo que maniobrar con destreza. La India despertaba al nuevo día.

Les pregunté a mis acompañantes si ya nos acercábamos al ashram. Con las manos firmes en el timón, Khukhu se volteó haciendo caso omiso de la calle y dijo: “¡Cada momento nos lleva más cerca del Maestro!”. Su intensa devoción era proverbial. Estando cerca de nuestro destino, cerré mis ojos y lloré porque consideraba que no merecía esto y, en medio de las lágrimas, apareció la realidad de mi separación mientras era impelido hacia un infinito Mar.

El carro hizo impacto en un gran bache sacudiéndome nuevamente hacia el ambiente externo. Los paisajes y olores propios de la India incidieron en mis sentidos. Pasamos a través de los estrechos callejones de Shakti Nagar, luego un puente ruidoso y llegamos al Sawan Ashram. Los cantos de los pájaros en las primeras horas de la mañana nos saludaron, mientras una luz rosada besaba el cielo. Al traspasar las puertas de hierro del ashram, pasamos a través de un corredor de grandes banyans y eucaliptos, luego giramos noventa grados a la derecha. A la izquierda había unos edificios blancos, la casa principal de los moradores del ashram. Metros más adelante pasamos la casa del Maestro, bordeada por un jardín de rosas y bugambilias en flor. Había escuchado que al Maestro le gustaban las rosas. El nombre de su madre fue Gulab Devi, *Diosa de la Rosa*.

## ¡MADRE INDIA!

“El Maestro está descansando y te verá más tarde en la mañana. Acaba de regresar de su gira por Bombay. Alguien te llamará”, me explicó Khukhu, con un auténtico acento británico. Después de lanzar una nostálgica mirada hacia la puerta del Maestro, fui escoltado a través de otro perfumado jardín de rosas, hacia mi sencillo cuarto (Las rosas de la India tienen una fragancia incomparable). Una vez adentro, me di cuenta de las energías tangibles que fluían de mí.

A las 8:00 a.m. fui sacado de mi ensueño, asustado por un golpe en la puerta. “El Maestro lo verá ahora”, llamó una voz al otro lado. Fui escoltado hasta su residencia. Mi corazón latía salvajemente, temeroso, como una oveja que es llevada para el sacrificio. El pensamiento de que me reuniría con el Verbo encarnado era casi insoportable. *¿Será este mi comienzo o mi final?* Luego de quitarme los zapatos, fui conducido por una gran entrada recubierta, hasta una sala poco iluminada. Seguimos por un camino iluminado hasta el *darbar* o corte de este rey espiritual, su modesto estudio.

Allí, ante mí estaba el Maestro. Aunque han pasado años desde ese primer encuentro, hasta el sonido de sus ropas permanece grabado para siempre en mi corazón y en mi mente, como si hubiese existido desde el comienzo de los tiempos. Él se sentó con las piernas cruzadas en una cama baja y bien arreglada. Su vestido era sencillo, una camisa de algodón, un pantalón ancho y un turbante blanco sobre su cabeza, como una corona natural. El chaleco era azul oscuro y tenía cinco bolígrafos en el bolsillo del pecho. Sus manos morenas descansaban sobre su regazo.

Me saludó con su mano invitándome a entrar a la habitación: “¡Hola! ¡Hola! ¡Entra! ¿Por qué no te sientas aquí?” Dijo mientras me ofrecía una silla de estilo occidental. Pero en lugar de sentarme, me arrodillé en el piso frente a él, preguntándome cómo podía estar ocurriendo todo esto. Él tomó mis callosas manos con sus suaves, fuertes y morenas manos. Afectuosamente, el Satguruji las palmoteó y sacudió. Su silenciosa mirada penetró hasta lo más profundo de mi alma sin cuestionar nada, amorosamente aceptaba la cercanía del humano y la lejanía de la santidad. Mi cabeza se inclinó y pronto sentí sus manos sobre ella, llenas con el peso y la luz del Padre. *¡Gracias Dios mío. Al fin!* Mi maltrecho barco llegó a su puerto y estos desesperados ojos encontraron su donosura. En voz alta, confesé: “¡He sido un terrible pecador!”

Él, en tonos ricos y profundos, contestó: ***“¡El Maestro es para los pecadores!”***

Transcurrió un largo silencio.

“Acorté mi gira por Bombay porque quería estar aquí cuando llegaras”, dijo él rompiendo el silencio.

Yo estaba atónito, incapaz de responder. ¿Por qué alguien tan grande como él, a quien innumerables miles de personas amaban y reverenciaban como Maestro, hacía tanto por un iletrado joven, sin méritos, aturdido y sentado en su umbral? Con el paso del tiempo, tales preguntas quedaron a un lado, resueltas sólo por causa del amor. Y mientras él continuaba

## ¡MADRE INDIA!

sosteniendo mis manos, observé de cerca su semblante del otro mundo, una esencia a la que una fotografía, pincel o cincel podrían tan solo aspirar pero nunca capturar completamente.

Él sonreía y brillaba, con los ojos casi escondidos en sus pliegues, pero la luz danzaba libremente en su profunda limpidez. Su rostro, divino como los del viejo testamento, mostraba un universo de significados más allá de mis conocimientos. Cada línea, cada surco y las miles de finas ondas de su plateada barba, proclamaban una fuerte pero eléctrica y resplandeciente perfección.

